

JUAN GÓMEZ-JURADO

ALEX COLT

EL GRAN ZARK

ILUSTRACIONES DE FRAN FERRIZ



DEL COAUTOR DE *AMANDA BLACK*,
EL ESCRITOR CON MÁS DE
2.000.000 DE LECTORES.

DESTINO

JUAN GÓMEZ-JURADO

ALEX COLT



EL GRAN ZARK

ILUSTRACIONES DE FRAN FERRIZ

DESTINO

DESTINO INFANTIL Y JUVENIL, 2022

infoinfantilyjuvenil@planeta.es

www.planetadelibrosinfantilyjuvenil.com

www.planetadelibros.com

Editado por Editorial Planeta, S. A.

© del texto, Juan Gómez-Jurado, 2022

© de las ilustraciones, Fran Ferriz, 2022

© Editorial Planeta, S. A., 2022

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona

Primera edición: septiembre de 2022

ISBN: 978-84-08-26040-0

Depósito legal: B. 12.639-2022

Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como papel ecológico y procede de bosques gestionados de manera sostenible.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal). Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.



EN LA OSCURIDAD

Hyla era un mar de fuego.

La ciudad ardía por los bombardeos orbitales. En tierra, los supervivientes hylanos elevaban sus ojos de lagarto al cielo, aterrorizados. Los antareanos, después de su intento fallido por controlar la materia oscura, los habían abandonado a su suerte.

La única nave que se recortaba en la oscuridad del espacio era el terrorífico crucero zarkiano que seguía disparando de vez en cuando sobre Hyla, más por diversión y crueldad que por otra cosa. Habían ganado la batalla, puede que la guerra. De hecho, el resto de la flota zarkiana se había retirado. Ya no era necesaria.

Entre incendios y explosiones, una multitud formada

por decenas de miles de lagartos se alejaba con prisa de la entrada a la mina que daba paso al Abismo Oscuro, la principal fuente de materia oscura de Hyla.

Por mucho que corrieran, no tendrían ninguna oportunidad. Si toda la materia oscura estallaba, Hyla y los planetas vecinos figurarían en las cartas de navegación espacial como un gigantesco campo de asteroides.

El último comando zarkiano que quedaba en el planeta se encontraba en la segunda cámara de la mina, donde la materia oscura ardía entre siniestros chisporroteos, como un papel que se encoge y se quema por la cercanía de una llama. Una gigantesca mecha que avanzaba lenta pero inexorablemente hacia el Abismo Oscuro. Los seis miembros del comando se cercioraban de que aquel incendio no se apagara bajo ningún concepto.

En el exterior, uno de los hylanos elevó la vista al crucero zarkiano, que se preparaba para efectuar otro de sus disparos de energía. De repente, vio algo que hizo que sus párpados reptilianos se abrieran y cerraran muy rápido. Con la boca muy abierta, llamó la atención de sus compañeros, apuntando al cielo con un dedo terminado en una uña puntiaguda:

—¡Mirad!

Junto al crucero enemigo aparecieron, como si se materializaran de la nada, una, tres... cinco naves. Dos de ellas eran casi tan grandes como la monstruosidad zarkiana.

—¿Sserán amigoss o enemigoss? —preguntó una voz a espaldas del hylano que había avistado la llegada de la pequeña flota.

Este negó con la cabeza rematada por un pequeño cuerno. Aquellas naves no se parecían en nada ni a las zarkianas ni a las antareanas.

Varios disparos procedentes de las naves recién llegadas pusieron bien claras sus intenciones. Tomado por sorpresa, el crucero zarkiano recibió varios impactos a babor. El disparo destinado a la ciudad se desvió mucho hacia la derecha, produciendo una gran explosión en una zona alejada de la ciudad. Los hylanos prorrumpieron en gritos de felicidad.

No estaban solos.

El intercambio de disparos entre las naves fue breve. Superados en número, y sabedores de que el contraataque confederado había llegado demasiado tarde, los zarkianos viraron para efectuar un salto interdimensional.

Una nave de tamaño medio entró en la atmósfera de Hyla con una deflagración que pudo verse desde todos los puntos de la ciudad. El transporte pareció hacerse más grande conforme se acercaba, hasta detenerse sobre la explanada en la que se abría la entrada a la mina de materia oscura. Aterrizó en medio de una nube de humo y polvo, ante la mirada asustada de un grupo de lagartos armados con lanzas.

Una rampa se abrió desde la nave, dando paso a una figura encapuchada que se desplazaba de forma extraña. No parecía caminar, sino flotar... o deslizarse. Los lagartos intercambiaron miradas nerviosas entre ellos, sin dejar de apuntar al recién llegado. Una decena de soldados armados con zappers seguía al enigmático personaje.

—A-alto, en nombre del rey... —balbució uno de los hylanos.

—Aparta tu arma —ordenó Diviak, con un siseo—. Hemosss venido a ayudar.

—Losss zarkianoss esstán en la mina —informó el lagarto, bajando la lanza; el hecho de que el desconocido se expresara de una forma parecida a la de ellos le infundió cierta confianza—. Nuesstrass lanzass no less

hacen daño —añadió, como si se excusara por no estar dentro, combatiendo a los invasores.

—Vuessstrass lanzass lesss hacen daño sssi aciertan en el lugar adecuado —respondió Diviak, sin inmutarse—. ¿Cuántosss ssson?

—Ssseiss, ssegún el último sssuperviviente.

Diviak hizo un gesto a sus cadetes.

—Detrásss de mí —ordenó.

Los lagartos observaron cómo la entrada de la mina se tragaba al comando encabezado por el sisseliano.

—Esss una pena que esssoss chavalesss vayan a morir ahí dentro —comentó uno de los hylanos, con voz lúgubre.

Era evidente que no conocían a Diviak.

Los zarkianos controlaban la ignición de la materia oscura en la tercera cámara cuando recibieron la visita inesperada.

Una figura encapuchada apareció en el túnel que conectaba la tercera cámara con la segunda. Los zarkianos, que estaban en su forma natural, con ese aspecto amarillo gelatinoso y maloliente que provocaba náuseas, clavaron

la mirada en el recién llegado. Como un solo ente, apuntaron sus armas hacia Diviak y dispararon a la vez.

Ni un solo disparo dio en el blanco.

El sisseliano se deslizó hacia la derecha, reptó a velocidad de vértigo por la pared y apuñaló a dos de los zarkianos con movimientos precisos y vertiginosos, sin darles tiempo a reaccionar. Ambos cayeron inertes al suelo, con el núcleo de su centro neurálgico partido en dos. Enseguida empezaron a disolverse en una masa pegajosa y amorfa.

Los cuatro restantes dispararon a Diviak, que se impulsaba con sus poderosos brazos y su cola por el techo, presentando un blanco muy difícil de acertar. La última ráfaga se perdió en el techo del túnel, haciendo saltar pedazos de roca por todas partes. Los zarkianos echaron un vistazo a la materia que seguía retrayéndose hacia la antecámara del Abismo Oscuro. No quedaba mucho para que Hyla fuese historia y la Confederación se quedara sin combustible para su flota. Ellos perecerían también, pero lo harían para mayor gloria del Zark.

Diviak, que había desaparecido de la vista como por arte de magia, surgió de las sombras como un relámpago, atravesó la formación zarkiana reptando y volvió a apu-

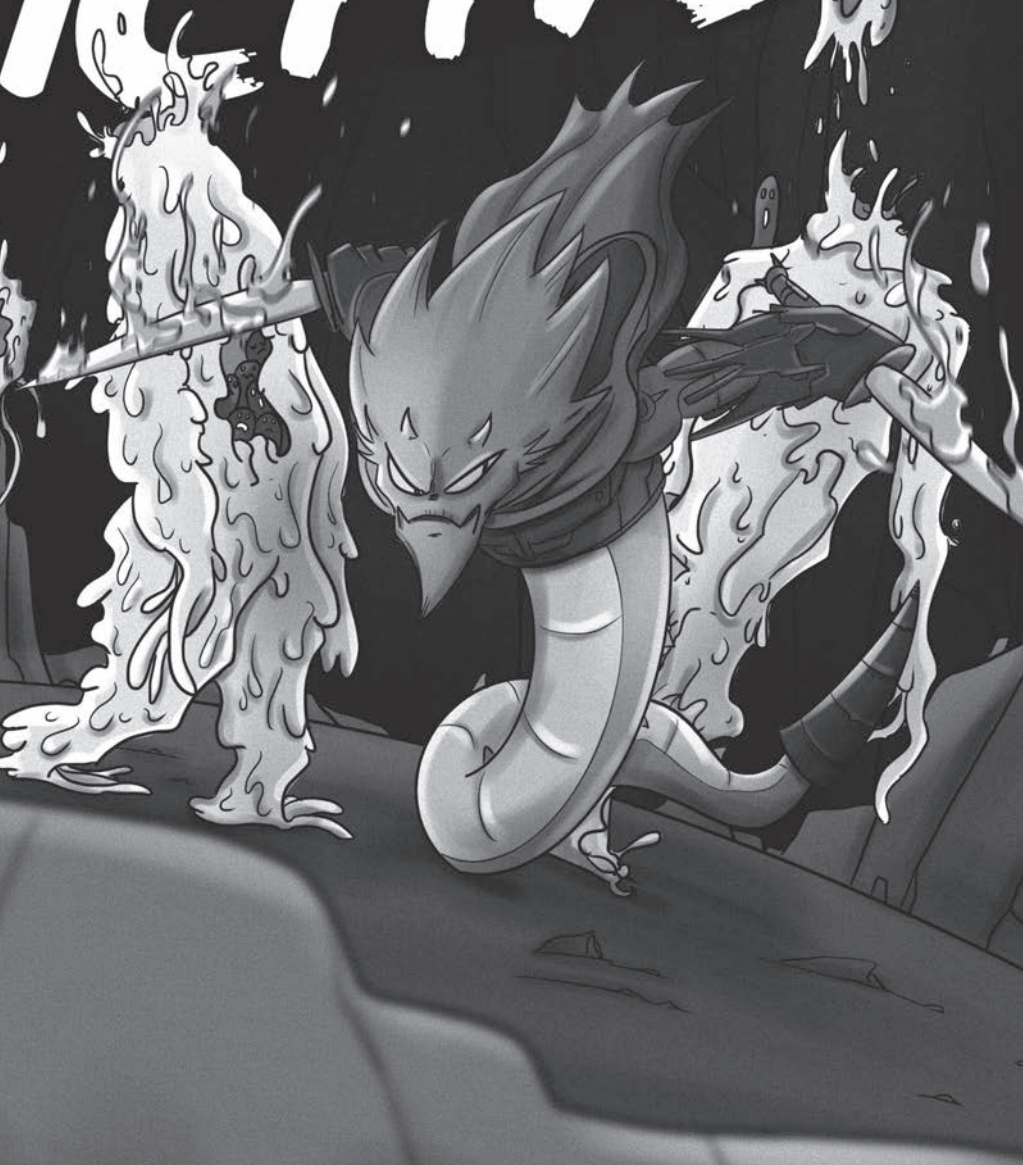
ñalar a dos de ellos, que cayeron al suelo, muertos. Una vez más, se ocultó entre las sombras de la mina, como si nunca hubiera estado allí.

Los dos zarkianos supervivientes se fundieron en un solo ser que duplicaba con creces la fuerza de ambos. A los pocos segundos, un monstruo de cuatro metros de altura había sustituido a los dos alienígenas. Babeando con rabia, la abominación se volvió justo cuando Diviak lo atacaba por la espalda. Con un movimiento feroz, el zarkiano agarró ambas manos del sisseliano. Este esbozó algo parecido a una sonrisa con su boca llena de colmillos reptilianos, guiñó uno de sus enormes ojos amarillos y dejó caer los dos cuchillos *tehlakk* con los que había acabado con sus compañeros. El zarkiano lo tomó como una rendición y le devolvió una sonrisa aún más terrorífica.

—Lo ssiento —siseó el profesor de MultiCom.

La cola de Diviak, embutida en un caperuzón metálico en forma de lanza, surgió entre sus hombros y atravesó la cabeza del zarkiano, destruyendo su centro neurálgico en una milésima de segundo. Los cadetes, que habían obedecido a regañadientes la orden de su profesor de no intervenir mientras él siguiera con vida, contemplaron

ICH HASS!



admirados cómo había acabado con todos los enemigos en un parpadeo.

—*Flink*, p-profesor —balbució Ragant, surgiendo desde las sombras del túnel.

Los demás siguieron al rigeliano, esquivando charcos de Zark a cada paso.

—Essa boca, cadete —lo reprendió Diviak—. Loss explosivossss, rápido. Aquí, allí, allí y allí...

Segundos después, el techo del túnel que comunicaba la antecámara del Abismo Oscuro con la tercera cámara de la mina se derrumbaba, cegándola. La materia oscura ardiente quedó sepultada por las rocas, y su incendio, extinguido, interrumpiendo así la reacción en cadena.

En la explanada, la polvareda que surgió de la mina cubrió con un manto ocre a Diviak y a los cadetes del equipo de demolición. El sisseliano pidió a Seeska que le acercara el equipo de comunicaciones. Mientras sintonizaba la frecuencia de *MADRE* para dar novedades al capitán Churé, la andoriana preguntó:

—¿Hemos ganado, profesor?

—Tiempo —siseó Diviak—. Ssolo hemoss ganado tiempo.